

Enrique Nalda Hernández

Algunas consideraciones sobre el desarrollo prehispánico de la bahía de Chetumal

Arqueología, núm. 23, segunda época. Coordinación Nacional de Arqueología, INAH, 2000

Las fuentes primarias del siglo xvi poco ayudan a ubicar al antiguo Chetumal. Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, en su relato de la entrada de Alonso Dávila a la provincia de Uaymil-Chetumal en 1531-1532, menciona que, en ruta a Chetumal, los españoles pasaron por Mazanahau y Yuyumpetén —en ese orden—, dos pueblos importantes de la provincia de Uaymil, de alrededor de tres mil casas cada uno. Saliendo de esta provincia “para entrar a la de Chetumal”, encontraron “una laguna de doce leguas de longitud que atravesaron en canoas”; finalmente, llegaron a Chetumal, donde encontraron: “un pueblo de dos mil casas, a dos leguas de la costa de la mar, e cuasi cercado de agua, porque la costa esta de la una parte e la laguna de la otra, e tiene una entrada, por tierra, de dos tiros de ballesta” (Oviedo, 1959: III, 415).

El relato de Oviedo, construido a partir de información proporcionada por Alonso de Luján, compañero de Dávila, deja ver que en esa época, viniendo desde el norte de la península, el acceso al pueblo de Chetumal se hacía desde la laguna de Bacalar, y que el embarcadero se encontraba al norte de la laguna. El mismo Oviedo sugiere ese punto cuando indica, a propósito del repliegue de Dávila en su expedición punitiva contra la provincia de Cochuah, que del pueblo de Mazanahau al punto en la laguna [de Bacalar] donde los españoles se embarcaron para regresar a Chetumal, había tan sólo dos leguas.

Alonso Dávila, en la relación que hiciera de esa misma incursión de 1531-1532, consigna haber llegado a Chetumal embarcándose en algún punto de la laguna de Bacalar, haberla cruzado a lo ancho, haber alcanzado después un pueblo costero y, desde ahí, haber navegado tres leguas antes de llegar a Chetumal:

[...] e porque de allí adelante no había camino por tierra a causa de haber grandes lagunas de agua en medio, aunque importuné mucho a los señores por ello, determinamos de embarcarnos en canoas y pasar de la otra banda de la laguna que será cerca media legua de travesía, y de allí fui a salir a un pueblo questa a la costa, do hice a los señores que llevasen las canoas por el agua abajo, y nos embarcamos, y por la mar fuimos tres leguas hasta llegar al dicho pueblo de Chetemal, a do después de llegados, hallamos el pueblo desamparado de los indios (Dávila, 1864-1884: 14, 98).

Las canoas pudieron haber seguido el curso del río Hondo (Noh Ukum) o del Raudales, utilizando en el primer caso el canal del Chacy, en el segundo, los canales que conectan laguna Guerrero con la laguna Bacalar y con el mar. El relato deja abierta la posibilidad de que, una vez cruzada la laguna Bacalar, el contingente de Dávila se haya desplazado por tierra, mientras las canoas seguían la vía fluvial a la bahía de Chetumal. De esta manera, el pueblo costero podría ser algún asentamiento en o cerca de la

desembocadura del río Hondo, o Chequitaquil (ver más adelante). Lo único en claro sería que Chetumal no podría ser ubicada al sur del río Hondo, pues de otra manera no tendría sentido el cruzar la laguna de Bacalar a su ancho.

De la cita textual de Oviedo hay que destacar, igualmente, el hecho de que el cronista ubica a Chetumal lejos de la costa, “a dos leguas de la costa de la mar”. Dávila no coincide en este punto; para él, al igual que para otros cronistas posteriores, el emplazamiento de Chetumal es al borde o muy próximo al mar. En su relación, al referirse al envío de mensajes al señor de Chetumal, indica: “hice a los señores de este pueblo de Chable [...] que fuesen al pueblo de Chetumal, questa en la costa de la mar, y me llamasen al señor de él” (Dávila, 1864-1884: 14, 98).

En el viejo Chetumal, Alonso Dávila fundó la población de Villa Real; dos meses después de su llegada, atacó la población de Chequitaquil, a casi cuatro leguas al norte de Chetumal, sobre la costa. En ese lugar se refugiaron los habitantes de Chetumal que habían abandonado el sitio ante el avance de los españoles. El relato correspondiente refuerza la tesis de que Chetumal se hallaba en la costa, pues el desplazamiento hacia Chequitaquil se hizo por mar.

Existe, sin embargo, un relato que parece contradecir los señalamientos de Dávila. En su *Historia de Yucatán*, publicada en 1688, fray Diego López Cogolludo, refiriéndose al viaje de evangelización que hicieron Bartolomé de Fuensalida y Juan de Orbita en 1618 al norte del actual Belice y la región de Tipú, menciona:

[...] salieron de Bakhalál los religiosos y el alcalde [de Salamanca de Bacalar, Andrés Carrillo] en su compañía, a los principios de mayo, por la laguna en cuya ribera está fundada la villa, como se ha dicho en otra parte, y fueron con buen tiempo por el río que los indios llaman Noh Ukum, que quiere decir río grande. Hace también este río de salir a la mar división en muchos pequeños, que forman gran número de isletas y todos ellos se vuelven a juntar a una madre para salir a la mar que dista como nueve leguas de la villa. Salidos a la mar pasaron una travesía de tres leguas para llegar a una estancia de un vecino de la villa, que estaba allí y los recibió con mucho gusto, dándoles buen refresco para pasar adelante. Este sitio de la estancia es donde al tiempo de la conquista de esta tierra estaba fundado el gran pueblo de Chetumal [...] y ya no hay más de la memoria de que estuvo allí fundado. De la estancia fueron a un pueblo llamado Uaitibal que estaba cerca de la playa, y ahora totalmente despoblado [...] y de allí a la boca de un río que los indios nombran Zuluinicob, que es lo mismo que de los españoles [...] Por el Zuluinicob llegaron al pueblo de Ppuncuy que está a orilla de él, y pasaron al de Zonail, al de Hopatin, al de Lamanay o Lamayná (López Cogolludo, 1868: II, 189-190).

La lógica del recorrido hace difícil de justificar la primera lectura del texto, que el viejo Chetumal se encontrara al norte del río Hondo (Noh Ukum). Este hecho, sumado a ciertas consideraciones sobre la capilla en el límite norte del sitio de Oxtankah, la cual se pensaba podía haber sido la de la fundación de Villa Real en 1531 (véase Escalona Ramos, 1943), han hecho que varios investigadores apoyen la idea de una posible correspondencia entre Chetumal y Santa Rita Corozal, y la de que la actual capilla al norte del sitio prehispánico de Oxtankah sea, en realidad, la iglesia del poblado de Tamalcab, el cual, originalmente, estaba en tierra firme y no en la isla que hoy lleva ese nombre. En apoyo a esta tesis está, además, el hecho de que una capilla con el grado de formalización como la de Oxtankah difícilmente podría haberse levantado en el breve periodo que Dávila ocupó el sitio, una etapa, por cierto, de hostigamiento continuo por parte de los mayas, que resistieron la conquista española de manera persistente y decidida.

Se debe destacar, sin embargo, que —también por lógica— la “estancia [del] vecino de la villa” debió estar cerca de Bacalar y, por tanto, al este del poblado, en la costa; el itinerario seguido por los religiosos habría sido, de esta manera, hacia el norte, desde la desembocadura del río Hondo, para posteriormente desplazarse en sentido contrario, hacia el sur, en busca del río Dzuluinicob (New River). Interpretado de esta forma, el texto del viaje de Fuensalida y Orbita no estaría en desacuerdo con el de Dávila.

No son muchos los candidatos al nombre de Chetumal: pocos son los sitios prehispánicos de importancia en la bahía del mismo nombre, emplazados en la costa o cerca de ella; éstos son: El Cocal (Nohichmul), Oxtankah, Ichpaatun y Calderitas Pueblo (Yaaxcanab), en México; y Santa Rita Corozal —incluidos Corozal Town y Wilson’s Beach— (véase Sydris, 1983) en Belice; fuera de estos sitios, los asentamientos en la bahía de Chetumal son muy modestos, incluso carentes de arquitectura monumental, difícilmente asociables a la imagen que se pudiera tener de un Chetumal equivalente en importancia y prestigio a otros sitios contemporáneos de la costa oriental, como Tulum, o por consideración del hecho de que Chetumal debió haber sido un asentamiento compacto, de alrededor de 10 000 habitantes.

El relato de Fuensalida y Orbita, al igual que el de Dávila de su primera entrada a Chetumal, deja abierta la posibilidad de que Chetumal se encontrara al norte o al sur de la bocana del río Hondo; pero el relato de Dávila descarta a Santa Rita Corozal. Nohichmul tiene, a juzgar por los materiales que se encuentran en superficie, una fuerte ocupación del Clásico y un Posclásico tardío muy modesto (Adriana Velázquez, comunicación

personal). Oxtankah, según las recientes excavaciones de Hortensia de Vega, es un sitio del Clásico, con una ocupación relativamente marginal del Posclásico, manifiesta en la refuncionalización de espacios que en otra época estaban reservados a la actividad pública (la instalación, por ejemplo, de albarradas en plazas). De Yaaxcanab, debido al gran deterioro que ha sufrido, al igual que San Manuel, que en alguna ocasión se consideró ser el puerto de Oxtankah, es poco lo que puede decirse, excepto que, apoyados en el informe de Escalona Ramos, podemos suponer que se trata de un sitio del Clásico tardío y Posclásico, en general; su posición, muy cercana a la desembocadura del río Hondo, la deja, de cualquier forma, fuera de toda duda razonable, pues el viejo Chetumal se encontraba a tres leguas por mar desde la desembocadura de un río.

Con base en esta información, si algún sitio merece ser considerado la “cuna del mestizaje” de México, en alusión a la descendencia de Gonzalo de Guerrero y una de las hijas del señor de Chetumal, ese sitio sería Ichpaatun. Lo sería, por descalificación.

Más allá de la cuestión de la identificación del emplazamiento de Chetumal a partir de las fuentes coloniales, habría que analizar el desarrollo mismo de la región bajo su control político inmediato.

La región lacustre-marítima: el Clásico

Un recorrido por la franja que corre desde Calderitas hasta Punta Lagartos, entre la costa y la laguna de Bacalar, pone al descubierto dos particularidades del patrón de asentamiento prehispánico de esa zona. Primero, llama la atención la intensidad de la ocupación alrededor de la laguna Guerrero, en especial a lo largo de los esteros; la segunda es la presencia de un continuo de evidencias arqueológicas a lo largo de toda la costa, especialmente de restos de casas que, por lo general, fueron construidas con un rodapié de piedra, y con muros y techos de material perecedero.

Laguna Guerrero se comunica a través de un canal con la bahía de Chetumal, fácil de navegar excepto en bajamar. La salinidad de sus aguas es relativamente baja; esto se debe a que, además del aporte que recibe con la marea, se alimenta con las aguas del río Raudales, el cual funciona como canal de comunicación con laguna de Bacalar. En la laguna proliferan los peces chiguas, pargo, mojarra; entre sus piedras se encuentran caracoles en abundancia; en los manglares de sus orillas y de los islotes de la laguna hay cangrejos; y, en la salida al mar, en el área de Punta Lagartos se encuentran manatíes.

Desde la orilla de la laguna hacia adentro se extiende una franja de “tierras salobres” donde hoy día

no crecen sino cicales, pero pasando esa franja, cuyo ancho es de alrededor de 100 m, se encuentran tierras fértiles y bien drenadas, en las que se pueden sacar hasta dos buenas cosechas de maíz, frijol y chile, por año.

Difícilmente se puede encontrar en la península de Yucatán un hábitat tan rico y variado en recursos como el de este ambiente lacustre-marítimo. Se trata de un sistema privilegiado; por ello debe esperarse que investigaciones futuras encuentren ahí las fases más tempranas de la ocupación prehispánica sedentaria de la región, con o sin práctica agrícola.

Siguiendo las orillas de la laguna Guerrero hasta la entrada del canal se encuentran montículos espaciados entre 50 y 100 m, algunos de ellos cortados por el movimiento de sus aguas. Son grandes acumulaciones de tierra mezclada con restos orgánicos y de cerámica, de forma irregular; ocasionalmente llegan a medir 50 m de diámetro y cinco de altura.

Este tipo de montículo aparece no sólo en laguna Guerrero; también se hallan en otras lagunas de la región y, con más frecuencia, en los esteros; ahí se encuentran alineados, siguiendo las cotas de la pleamar y de sus cambios con el tiempo. Los montículos más grandes están en laguna Roja, un cuerpo de agua casi pequeño, separado de laguna Guerrero por un corto estero; opera como una pequeña cuenca cerrada y depende marginalmente de las aportaciones de laguna Guerrero; sus aguas, por tanto, son significativamente más salinas. Si para algunos de los pobladores de estas lagunas y esteros la producción de sal era una actividad fundamental de su economía, la cercanía a las áreas de mayor salinidad, como laguna Roja, habría tenido ventajas innegables.

En ninguno de los montículos revisados por nosotros encontramos restos de muros o pisos, por lo que a primera vista parecen ser simples acumulaciones de basura, producto del consumo de alimentos, así como de desechos de alguna actividad especial, quizás, como sugerimos antes, de la extracción de sal; esta última idea se apoya en el hecho de haber detectado pequeñas áreas de tierra quemada, que pueden ser producto de la aplicación de fuego en la preparación de alimentos o de la evaporación del agua utilizada para disolver la sal en la tierra extraída del fondo del manglar. La existencia ocasional de canaletas de piedra, similares a las encontradas en Kohunlich y Dzibanché para drenar el agua acumulada en las azoteas de los cuartos, permite pensar, sin embargo, que en algún momento estas acumulaciones habrían servido de plataformas de estructuras habitacionales con un relativo alto grado de formalización.

La cerámica preponderante en estos montículos es de un tipo especial; sus formas son, por lo general,

cuencos de gran diámetro y poca altura, paredes cóncavas y muy delgadas con un engobe color rojo. El tipo no ha sido descrito con anterioridad y a juzgar por la cerámica policroma que se encontró asociada al mismo, habría que fecharlo en el Clásico temprano.

Es necesario hacer excavaciones en los montículos de las lagunas Guerrero y Roja que permitan establecer al menos la función de esos montículos y su cronología, y apoyar el estudio del patrón de subsistencia de quienes habitaron la región. El proyecto Oxtankah de Hortensia de Vega prevé este tipo de trabajo; mientras se realiza, es posible postular la existencia en esta región lacustre-marítima de una economía mixta, complementada con la producción de sal. Dados los recursos disponibles y la lejanía de fuentes alternativas de sal en la costa oriental, es de esperarse que, en ausencia de un comercio circunpenninsular suficientemente desarrollado, que introdujera sal a la región desde el norte de Yucatán, el lavado de tierras salobres haya sido visto como solución al aprovisionamiento de este recurso vital, no sólo para las poblaciones de la costa sino también para los grandes centros que emergían en ese momento en el interior. Creo, adicionalmente, que ese patrón de economía mixta y el clímax poblacional que se asocia con ese patrón, data y se limita al Clásico temprano y, en menor medida, al Preclásico tardío: el Posclásico tardío no parece haber tenido mayor relevancia en esta área específica de esteros.

Con esta tesis, El Cocal (Nohichmul) y Oxtankah habrían sido los centros políticos y de actividad religiosa de esas comunidades, y el patrón de asentamiento del Clásico habría que verlo como un continuo de casas distribuidas a lo largo de lagunas y esteros, con centros cívico-ceremoniales ubicados hacia la costa, no muy lejos de ella, manteniendo distancias de alrededor de 10 km entre centros contiguos. Dado este patrón general, el siguiente centro mayor, en dirección sur, estaría localizado en Santa María Calderitas —ya fuera del sistema lacustre— y, más allá, en el norte de Belice, en Aventura y Chan Chen, ambos ubicados en un ambiente favorecido, además, por dos anchos ríos, perennes: el río Hondo y el New River, respectivamente. Se trataría de un patrón típico de comunidades constituidas por adición, es decir, integradas por unidades domésticas con un grado mínimo de especialización; la población total pudo haber alcanzado cifras respetables, en las decenas de miles de habitantes, pero el alineamiento de las casas, a orillas de los esteros, librando la pleamar, y la repetición monótona del patrón de viviendas, sugieren una forma de cohesión mecánica, consistente con una economía sin excedentes importantes, y de estructuras políticas de bajo perfil,

de tipo “equivalente”, con poder relativamente difuso y poca centralización.

El Clásico del interior y la desestabilización del Clásico tardío

Si las fechas tentativas que estamos dando para el clímax del desarrollo del ambiente lacustre-marítimo del sur de Quintana Roo son correctas, entonces queda por interpretar la relación que guarda ese clímax con el estancamiento y declinación de la región durante el Clásico tardío y el surgimiento, en el Posclásico tardío, de una ocupación intensa, desplazada hacia el mar.

Paralelo al auge de la región lacustre, en el interior del sur de Quintana Roo se desarrollaron comunidades culturalmente afiliadas al Petén. Algunos de los edificios de Kohunlich y de Dzibanché exponen de manera notable esa influencia. El Templo de los Mascarones y los edificios E-1 y E-3 de la plaza Ya'axná de Kohunlich, así como el Templo 1 en la plaza Xibalbá, el Edificio 16 en la plaza Gann y la acrópolis del conjunto Kinichná, estos últimos en Dzibanché, muestran las características típicas de la arquitectura petenera del Clásico temprano: cuerpos con molduras en delantal; esquinas redondeadas remetidas; templos con cuartos angostos y anchos muros sobre los que se apoyaban cresterías masivas decoradas con estucos; arreglos y diseños tripartitas; y escaleras voladas, sin alfardas, flanqueadas por grandes mascarones.

A diferencia de las comunidades de la costa, éstas otras eran más complejas y mayores en extensión y población. No son producto de migrantes portadores de una “cultura más avanzada, típicamente maya”; se derivan, más bien, de un Preclásico regional que, a juzgar por las ocupaciones de esa época encontradas en la región, son, a su vez, producto de un largo desarrollo local (sitios al sudoeste Becán y Chakanbacan, o al noreste Chacchoben y, quizás, Ichkabal, más próximo a Dzibanché, al este; ya en el norte de Belice estarían Cerros, Chan Chen y, acaso Aventura y Louisville (Sydris, 1983). En contraste con la autosuficiencia de los sitios de la costa, los centros del Clásico temprano en el interior practicaron una economía de base agrícola; acusaron una fuerte división del trabajo y, asociada a ella, debieron haber contado con un sistema muy activo de intercambios; en especial hacia el Clásico medio, estos sitios del interior se encontraban articulados a una extensa red de alianzas y sus gobernantes parecen haber asumido papeles cada vez más diferenciados.

A partir del Clásico medio, la distancia formal entre los sitios de la costa y del interior, ya muy notable

en el Clásico temprano, se hizo mucho más grande. No es fácil justificar la razón del estancamiento de los primeros, ni tampoco el desarrollo acelerado de los centros del interior; parece, sin embargo, que la población de la costa avanzó más rápido sobre los recursos disponibles y, dada la fragilidad del sistema ecológico y la circunscripción a la que estaba sometida la región —el mar al este y el fin del sistema lacustre al poniente de Bacalar—, pronto habría inducido un deterioro ambiental significativo al encontrarse un límite a su expansión, sin asumir un cambio en el patrón de subsistencia. Sea como fuere, la realidad es que el centro de desarrollo se desplazó desde la costa hacia el interior. En el Clásico tardío, casi todos los grandes centros de población del sur de Quintana Roo se encontraban en el interior, relativamente alejados de la costa.

Los sitios del interior crecieron en número, extensión individual y complejidad operativa, hasta encontrar un punto de desestabilización que implicó, hacia finales del siglo IX, y antes, desplazamientos poblacionales, reacomodos y reestructuraciones de todo tipo. Ese proceso, en Kohunlich, parece estar marcado por un debilitamiento y fragmentación del poder central, y una mayor participación de las unidades domésticas —que con el tiempo se habrían hecho inusualmente extensas— en el ceremonial y, quizás, en la planeación y control de la actividad civil comunitaria. La reubicación de funciones marca el fin de la hegemonía de las dinastías de gobernantes de los centros del Clásico tardío. En su lugar parecen emerger comunidades operando con un poder político débil, circunstancial, constituido por alianzas más o menos efímeras. Roto el control político, la fisión poblacional se multiplicó; apareció un accionar parcialmente desorganizado, sin normas estrictas, que parece culminar en una falta de reconocimiento a la historia hasta entonces asumida por la comunidad, en su totalidad, como propia, dejando abierta la posibilidad de un ajuste en cosmovisión.

En Kohunlich, hacia finales del Clásico, se dio un importante crecimiento poblacional: los complejos habitacionales que en un principio contaban con amplios espacios abiertos y de circulación, empezaron a ser modificados a fin de acomodar la creciente población. Las nuevas construcciones redujeron los espacios libres y complicaron la circulación. A diferencia de las primeras construcciones, cubiertas con bóveda maya, los nuevos edificios fueron construidos, por lo general, con techos de material perecedero.

En Kohunlich existen múltiples casos de escaleras, externas e internas, que permiten el acceso a la parte superior de los cuartos cubiertos con bóveda maya; la utilización de estos espacios —azoteas— podría

verse como una forma de compensar la reducción de los espacios abiertos en que siempre se desarrollaron una buena parte de las actividades domésticas cotidianas. De ser así, resulta lógico pensar que el aprovechamiento de los techos de esas construcciones corresponda al momento de la máxima expansión demográfica.

Los cambios de fines del siglo IX, en Kohunlich, quedan evidenciados por la presencia profusa de depósitos de materiales que formaron parte de la parafernalia asociada a un ritual propiciatorio. Interpretados, en primera instancia, como basureros, estos depósitos contienen, entre otras cosas, fragmentos de artefactos muy elaborados (entre ellos se ha encontrado un metate con una inscripción de 3 Ahau que, de corresponder a un cierre de katún, marcaría la fecha de 869 d.C.); restos de cerámica no utilitaria (de hecho, de estos basureros se han recuperado la mayor parte de los tuestos de cerámica diagnóstica, con la mejor decoración posible), y fragmentos de huesos humanos. El producto del ceremonial solía dividirse en múltiples depósitos que se hacían en lugares bien seleccionados. Así fue como, por ejemplo, el metate mencionado se encontró roto y sus fragmentos repartidos en dos diferentes depósitos distanciados unos 20 m entre sí. Este tipo de depósito no lo hemos encontrado en otro contexto excepto, quizás, en épocas más tempranas, en la base de grandes montículos que funcionaron como monumentos funerarios dedicados a personajes de indudable prestigio social.

El cambio, finalmente, queda sugerido por la profusión, hacia esta misma época del Clásico terminal (800-1000/1150 d.C.), de edificios de corte civil, y la de mucho menor importancia concedida a la construcción de estructuras dirigidas a reforzar la imagen del gobernante; y, en especial, por la aparente refuncionalización de algunas de las construcciones en complejos habitacionales, tal vez con la intención de cubrir en ellas algunas de las tareas descentralizadas. El cambio de función del “palacio” del conjunto de los 27 Escalones —abandonando el uso original de habitación—, ejemplificaría este tipo de conversión y tendencia hacia la constitución de entidades comparativamente autónomas operando con base en los complejos habitacionales.

En Kohunlich —como en Dzibanché y en muchos otros lugares de la región—, el desenlace de este proceso fue el cese de toda construcción monumental; el abandono de áreas vinculadas a la elite y a la organización de la vida comunitaria, así como el éxodo de una gran parte de su base social. Con el tiempo, y ya con el sitio en ruinas, llegaron nuevos pobladores que desmantelaron edificios abandonados, extrajeron

materiales con los que construyeron sus casas y se acomodaron anárquicamente sobre estructuras o en medio de plazas; este proceso de desacralización de espacios reservados al culto —espacios centrales para el desarrollo de la vida social, política e ideológica de los habitantes—, marca el fin de la sociedad del Clásico en esta región.

El regreso a la costa

Con el derrumbe del sistema económico y político del interior, perdida ya la cohesión orgánica que garantizaba el funcionamiento de las sociedades complejas de esa época y región, el movimiento más seguro de la población dispersa era hacia la costa, rumbo al lugar donde la diversidad ecológica garantizaba la subsistencia, aún bajo condiciones de deterioro climático, hacia las áreas que en el Clásico tardío habían acusado una ocupación muy tenue. Había una doble razón para desplazarse hacia el mar.

A juzgar por el patrón de asentamiento preliminar que se ha encontrado en la región lacustre-marítima, los migrantes se dirigieron primero hacia los escasos y pequeños pueblos que habían perdurado en la región; los encontraron en los mismos emplazamientos que habían privilegiado los habitantes del Preclásico superior y Clásico temprano: próximos a las lagunas y esteros. Producto de este proceso de colonización por “contagio” emergió un solo sitio de relativa importancia. Se trata del sitio Rancho San Andrés; De Vega Nova lo ha descrito como un asentamiento de dimensiones excepcionales, con siete montículos de piedra y tierra, de entre 7 y 10 m de altura, dispuestos alrededor de una plaza (Vega, s/f: fig. 2). Por el material recuperado en superficie, se sabe que el sitio fue ocupado durante el Clásico terminal y el “Posclásico inicial” (Vega, s/f: 17-18).

Con los grandes complejos arquitectónicos del Petén prácticamente desiertos, sin centros de poder alternativos, y con una visible declinación cultural de esta “área nuclear”, los centros del norte de Yucatán se convirtieron en focos de desarrollo regional, extendieron sus intereses económicos y redes de intercambio, e integraron el sur de Quintana Roo a sus esferas de influencia cultural. La navegación circunpeninsular introdujo a esta región la sal de la costa norte de Yucatán; producida y transportada a costos muy bajos, inhibió la extracción por lavado que se habría practicado durante el Clásico temprano en los esteros de la región lacustremarítima; en intercambio la región pudo haber ofrecido algodón, cacao y, con seguridad, miel y cera. Fernández de Oviedo y Valdés describe con gran detalle y admiración cómo

se practicaba en Chetumal la apicultura (véase Oviedo, 1959).

Igualmente importante para la economía regional debió haber sido el comercio generado en razón de la posición especial que guardaba el sur de Quintana Roo y el norte de Belice con respecto de las fuentes de abastecimiento de materias primas, así como de bienes de consumo y de productos de distinción social, destinados a ofrendas. La región intermedia entre el norte de Yucatán y los depósitos de calizas de grano fino en el centro de Belice; de basalto para metates, de jade y de obsidiana de Guatemala, y las fuentes de aprovisionamiento de cobre y oro de Centro y Sudamérica debieron haber funcionado como escalas en la ruta circunpeninsular y haber inducido la aparición de intermediarios de todo tipo, y acaso de centros manufactureros. Ese comercio quizás fue más allá de la península de Yucatán y la costa atlántica de Centroamérica: así lo sugieren quienes consideran que los murales que encontró Gann en Santa Rita Corozal a finales del siglo pasado fueron ejecutados en el “estilo Puebla-Mixteca”, y que esa afinidad es producto de la incursión de mixtecos en la región en su carácter de comerciantes.

La influencia del norte de Yucatán en la cultura del sur de Quintana Roo tiene una historia relativamente larga: en el interior se dejó sentir desde el Clásico terminal con la aparición masiva, entre otros tipos, de cerámica “pizarra” y de vasijas decoradas por escurrimiento del engobe. La intrusión de esas cerámicas acompañó la aparición de cambios en la arquitectura, que comenzaron a hacerse presentes mucho antes, desde el Clásico medio, y que culminaron con la producción de un estilo propio, integrador de elementos de varias regiones, en especial de Chenes y de Río Bec; tomado en su conjunto, el nuevo complejo cultural del interior se alejó de manera radical con respecto de los estilos del Petén con los cuales se había identificado en un primer momento. En el Posclásico tardío, además del Rojo Tulum, y otros marcadores norteños de ese periodo, aparecieron profusamente incensarios tipo efigie, estilo Mayapán, que no sólo confirman la estrecha relación que se mantiene con el norte de Yucatán, sino que hablan de la recuperación de las viejas concepciones del mundo: los viejos mitos de la creación y el orden universal se habían mantenido latentes y por fin, refuncionalizados, ellos y sus dioses, habían vuelto a ser objeto de culto.

Como un reflejo de este renacimiento, se encuentran las ofrendas que en el Posclásico tardío depositaron peregrinos o pobladores de los alrededores en los edificios más altos de los sitios del Clásico, y que en ese momento se encontraban en ruinas y parcialmente desmantelados. Ofrendas de este tipo se han

encontrado en Dzibanché, Kohunlich, Chacchoben, y muchos otros lugares del interior; fueron colocados en el derrumbe de los templos, en edificios que en algunos casos habían sido abandonados por más de 500 años. Las ofrendas contienen por lo común artefactos con representaciones de Itzamná, por lo regular en incensarios tipo Chen Mul, y pueden llegar a ser de una riqueza excepcional; las depositadas en el Templo VI de Dzibanché, por ejemplo, incluyeron jade y metales preciosos.

Pasada la mencionada primera fase de colonización por contagio, la tendencia fue ocupar en especial las tierras fértiles, bien drenadas, que se extendían entre las lagunas y la costa. Los recursos de los lagos, manglares y el mar, no fueron ignorados, pero, a juzgar por la posición de las casas y de los centros cívico-religiosos del Posclásico tardío, el objetivo primario era la explotación y control de las tierras potencialmente cultivables. La importancia asignada a sus campos y sus solares queda también evidenciada por la proliferación de albarradas en esta época (elementos del paisaje que, en el interior, estaban ya presentes desde el Clásico tardío, y que en la costa oriental marcan de manera distintiva el Posclásico).

En ausencia de bajos y ríos perennes, la agricultura que se practicó en la región dependía en gran medida de las lluvias; la variabilidad de recursos les permitía sortear malos años, frecuentes en la región por escasez o por exceso de agua, así como por la entrada de ciclones, pero no permitió alcanzar un nivel de compactación poblacional como sucedió en otras zonas del área cultural maya. El patrón de la costa entre Calderitas y Nohichmul fue el mismo del resto de la costa oriental: dispersión de casas, rodeadas de solares; un sistema de cultivo de doble campo; albarradas que afirmaban la relación con los recursos: tierra, agua, sascab, etcétera; y, a relativas grandes distancias unos de otros, pequeños centros de culto y actividad social y comercial. De esa manera, al postular a Ichpaatun como centro de población mayor en el Posclásico tardío, identificable con el Chetumal de las fuentes, lo hacemos dentro de esta visión general de patrón de asentamiento, donde las unidades domésticas, y las casas que habitaban, se encontraban dispersas en una amplia franja que seguramente iría desde el río Hondo hasta Punta Lagartos.

En esta franja estarían ubicados dos sitios cuya relación con Ichpaatun habría que investigar. El primero de ellos es Calderitas Pueblo. Al momento de la visita, en 1937, de Escalona Ramos (quien le diera el nombre de Yaaxcanab por el color verde de las aguas de su mar), el sitio tenía un total de 25 montículos, dispuestos alrededor de patios. Al menos dos de ellos, de cerca de 5 m de altura, pudieran corresponder a

edificios de función especial; el resto, a juzgar por el croquis que Escalona Ramos hizo del sitio, serían estructuras habitacionales en arreglo típico de cuartos delimitando espacios libres, dispuestos en geometrías diversas. Siendo contemporánea de Ichpaatun, habría que considerar a Yaaxcanab, tentativamente, como sujeto de Ichpaatun, diferenciable en el continuo y monótono de casas a lo largo de la costa, por la presencia de estructuras de función especial.

El otro sitio sería Chequitaquil, ubicado, como ya se mencionó, a una distancia de tres o cuatro leguas arriba de Chetumal, muy próximo al mar. A la fecha no hemos podido encontrar en esa área un sitio que pudiera sospecharse que corresponde al retiro estratégico de los chetumaleños ante el avance español. Sin embargo, hay razón para sospechar que Chequitaquil habría sido otro sujeto de Chetumal; puesto que el desplazamiento a Chequitaquil tuvo la pretensión de lograr mejores posibilidades de defensa, la ubicación habrá que buscarla justo al norte de la salida de Laguna Guerrero al mar. Posteriores estudios en esa área más septentrional deberán dar cuenta de la ubicación de este otro sitio.

Hablar de Ichpaatun es, por tanto, hablar de un asentamiento costero con un centro ceremonial y de actividad político-social que habría que identificar con el sitio amurallado, monumental, descrito con cierto detalle por quienes lo visitaron en la primera mitad de este siglo; ese sitio habría que verlo como un continuo de ocupación y de control de las tierras fértiles bien drenadas, próximas a la costa, y un sistema lacustre a sus espaldas, con recursos abundantes; esta diversidad ambiental habría sido la base económica a partir de la cual se desarrolló un comercio muy intenso —a pesar de la aparente “caída” de la producción de sal—, una consecuente fuerte división del trabajo, una renovada heterogeneidad social y un indudable bienestar social que fue el motor de la resistencia tan decidida e inusual que los chetumaleños presentaron al avance español.

Bibliografía

Dávila, Alonso

1864-1884 (1533). Relación de lo sucedido a Alonso Dávila, Contador de su Magestad en Yucatán, en el viaje que hizo para pacificar y poblar aquella provincia. Junio de 1533. En *Colección de Documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de América y Oceanía, sacados de los archivos del reino y muy especialmente del de Indias* (vol. 14. pp. 97-128). Madrid.

Escalona Ramos, Alberto

- 1943 Algunas construcciones de tipo colonial en Quintana Roo. *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, 10. México, UNAM.
- 1946 Algunas ruinas prehispánicas en Quintana Roo, México. *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, LXI (3): 513-618. México, Artes Gráficas del Estado.

López Cogolludo, Diego (fray)

- 1955 *Historia de Yucatán*. 3 vols. 4ª ed. Campeche, México, Talleres Gráficos del Gobierno Constitucional del Estado de Campeche, Comisión de Historia.

Oviedo y Valdés, Gonzalo Fernández de

- 1959 (1851-1855) *Historia general y natural de las Indias*. 5 vols. Madrid, Ediciones Atlas

(Biblioteca de Autores Españoles, desde la formación del lenguaje hasta nuestros días, TT. CXVII a CXXI. Historiadores Primitivos de Indias, TT. I al V).

Sydris, Raymond V.

- 1983 *Archaeological Excavations in Northern Belize, Central America*. Los Ángeles, Institute of Archaeology, The University of California (Monograph, XVII).

Vega Nova, Hortensia de

- s/f *Informe de la primera temporada de campo, 1996, Proyecto de investigación y conservación del sitio arqueológico Oxtankah, Quintana Roo, México* (mecanoescrito). México, INAH/Universidad de Quintana Roo.